Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 4. *PONCE, PUERTO RICO, MAYO 10 DE 1916.* *NUM. 21*

SECCION EDITORIAL

El Rev. Carmelo Díaz Muñoz, Transferido al Hogar Celestial.

ENTRABA en composición nuestro periódico cuando recibimos del hermano Humphrey una misiva de la cual sacamos los siguientes párrafos:

«Nuestro querido y viejo hermano Don Carmelo Díaz murió anoche a la 1:30 a. m. de una afección al corazón. Estuvo ayer en la Escuela Bíblica sintiéndose ya mal; pero asistió así a la reunión de la noche dirigiendo el servicio con su acostumbrado vigor, y aunque no predicó escuchó con atención y calma el sermón que yo prediqué. Regresó a su casa después del servicio volviéndose a sentir indispuesto, y a la 1:30 a. m. entregó su alma al Señor. Miss Martin, Mrs. Díaz y el doctor le atendieron haciendo todo lo que pudieron por él. Su entierro tuvo lugar a las 5 p. m. el lunes 1º. Estuvieron allí Rev. Detweiler, Rev. Freeman, Don Abelardo M. Díaz y otros. El Señor hizo grandes cosas por él y él hizo grandes cosas para el Señor. Ha sido obrero de la misión por quince años. Todos le amábamos. Un noble siervo de Jehová ha caído. Fué una prueba viva del poder del Evangelio.»

Cuando recibimos la carta del hermano Humphrey, quedamos sumidos en pena y en meditación. Alguien había circulado aquí la noticia de su muerte por la mañana; pero no la habíamos creído. Su confirmación nos dejó consternados. No hace mucho más de un mes le habíamos visto en la Asamblea de Juncos donde predicó el sermón inaugural y su carácter jovial y alegre nos hizo entender qne se encontraba bien de salud. Le encontramos rejuvenecido, sin embargo, ha sido después de aquel acto el escogido por la segadora güadaña de la parca para clarear nuestras filas.

La mejor apología del hermano Don Carmelo queda hecha en las palabras de su hermano y compañero en el ministerio Rev. Humphrey: «Un noble siervo de Jehová ha caído». «Todos le amábamos.» «Hizo grandes cosas para el Señor.»

Don Carmelo Díaz fué de los primeros convertidos al Evangelio en Puerto Rico y creo que el primer ministro que ordenó la misión bautista. Desde su conversión fué un activo obrero en la viña del Señor, y Caguas y Cayey fueron campos donde el aguerrido soldado manifestó sus habilidades y allí quedan las muchas almas que llenaron aquellos templos siendo traídas por él a los pies del Salvador.

Como obrero fué siempre agresivo contra el enemigo, y poseía la facultad de ponerse al nivel de las inteligencias menos favorecidas haciéndoles ver el error y trayéndoles al verdadero camino.

Como hermano, compañero y amigo fué siempre sincero, jovial y comunicativo y todos gustaban siempre de su compañía que era sumamente agradable.

Como ciudadano fué siempre querido y respetado en todas las poblaciones donde residió y su muerte según se nos anuncia ha sido muy sentida en la ciudad de Cayey.

Ha caído un noble siervo de Jehová, repetimos con el hermano Humphrey. ¡Qué el Señor levante otro! Las filas se clarean aquí pero se nutren en el cielo.

¡Cómo caen las valientes! PUERTO RICO EVANGÉLICO se orla de luto al registrar en sus páginas la partida del querido compañero y da el más sentido pésame a sus familiares y a la Misión Bautista en Puerto Rico por la pérdida experimentada.

Que el Señor tenga en su seno al amado hermano.

J. RODRÍGUEZ CEPERO

Creemos firmemente que esto más bien obedece a que la apatía o indiferencia se ha entronizado de tal manera en nuestros corazones, que ha venido a crear un estado de somnolencia en nuestro pueblo: no obstante esto, creemos se levantarán personas dentro de los evangélicos portorriqueños, que no consentirán que nuestras fuerzas sean contadas entre los inconsecuentes con sus principios, y que a la vez demostrarán hasta la evidencia que somos capaces de ir hasta el sacrificio en aras de nuestros más caros ideales.

¿Abandonaremos ese estado de apatía o indiferencia ante el enemigo común? . . . . . Así lo esperamos.

ELOY RENTA TORRES.

Ponce, Abril 29, 1916.

* * *

Muerte Inesperada del Decano de los Predicadores Bautistas.

«Morir, para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.»—Aparisi Guijarro.

«Estimada es en los ojos de Jehová la muerte de sus piadosos.»—Salmo 111:15.

HA muerto, cuando menos esperábamos, el decano de los obreros bautistas en Puerto Rico, el Rev. Carmelo Díaz, pastor de la iglesia bautista de Cayey, a las 2 de la mañana del 1º de mayo, 1916.

Precedido fué, en el misterioso viaje a la región de donde no se vuelve, por los inolvidables y estimados predicadores bautistas Francisco Jiménez Otero, Alfonso Quiñones, Hermógenes Quiles y Juan de Gracia. Estos queridos hermanos estuvieron enfermos por algún tiempo antes de ausentarse, mas no ha sucedido así con el que acaba de fallecer en el progresista pueblo de Cayey.

El martes de la semana anterior (abril 25) asistió, como era su costumbre, a la conferencia de predicadores que mensualmente se celebra en Caguas. Y con nosotros aquel día cantó, estudió, informó y conversó fraternalmente, regresando a su campo de labor.

Sólo notamos que algo así como una nube de tristeza empañaba su fisonomía habitualmente franca y risueña. Pero su salud parecía envidiable. Semejante a los corpulentos cedros del Líbano, le veíamos soportar victoriosamente las tempestades de la vida, ignorando que el invisible gusano de la muerte estaba minando la admirable vitalidad de aquel añejo tronco humano.

El domingo, día último de abril y también día último de su carrera terrenal, dirigió por la tarde la escuela bíblica y por la noche el servicio religioso, predicando el Rev. Edgar L. Humphrey en su lugar, quien también explicó la lección a la clase que don Carmelo tenía a su cargo; debido a que éste se sentía ya enfermo, pero sin dar a entender que algo anormal le impediría, para siempre, volver a levantarse frente a aquel púlpito respetable y frente a aquella congregación amada. Regresó a su hogar, donde departió íntimamente con los hermanos hasta las 11 p. m. Luego que quedó solo, suplicó a Miss Martin que le llenase una solicitud en inglés, que los predicadores bautistas teníamos que remitir este mes a la Junta Misionera de New York. Y después de profetizar que la congregación de Cayey sería dentro de un año la más unida y floreciente de la isla, retiróse a su lecho en busca del reposo físico que aquella memorable noche no pudo encontrar. Inmediatamente que se acostó, el dolor que por la tarde había sentido reapareció más agudo que nunca. Sus quejidos llamaron la atención de Miss Martin, quien, en oyendo el llamamiento que él le hiciera, se dió cuenta de la gravedad del caso, curándole y mandando enseguida a buscar el médido y llamar a los vecinos y hermanos, acudiendo todos prontamente a prestar su cordialísima, pero inútil cooperación. Mientras se le aplican remedios caseros y los que recomienda la ciencia médica, él se quejaba del intenso dolor que implacablemente se apoderaba de todo su cuerpo, murmurando: «¡Jesús, ayúdame!» «¡Jesús ayúdame!» Y cuando presintió que la hora de partir había llegado, olvidando quizás el mundo que dejaba y pensando en el mundo a donde Dios

le llamó, dijo con la fe de los verdaderos creyentes: «¡Jesús, acompáñame!» Y entonces cerró los ojos del cuerpo *aquí*, para abrir los del espíritu *allá*.

Murió don Carmelo el día en que los obreros de América y de Europa glorifican las luchas, victorias y bendiciones del trabajo. Bien mereció morir en tan grande día, quien había laborado toda su vida con la luz de su inteligencia, la energía de su voluntad y el calor de sus sentimientos. El día del trabajo el viejo e incansable luchador del Evangelio puso a un lado sus herramientas, para ir a buscar en el dulce y glorioso seno de Dios el ansiado reposo del espíritu que tanto necesitaba ya. Bien merece, pues, descansar de las penalidades de la escabrosa existencia humana quien muere trabajando por el bien de los demás. Soldado fiel del Evangelio cayó en las trincheras del deber, combatiendo sin cesar contra el error, el fanatismo, la hipocresía y la maldad.

Desde los primeros instantes, y durante todo el lunes, su casa fué invadida por un inmenso número de hermanos en la fe, compañeros en la obra, amigos y conocidos de Cayey, Caguas, Juncos, Río Piedras, Santurce y Cidra que habían venido a rendir el tributo de su simpatía y admiración al querido veterano, quien yacía en el ataúd como si se hubiese dormido sonriendo.

A las 4 P. M. comenzó el servicio fúnebre en el templo bautista, el cual estaba materialmente lleno de todas las clases sociales. Sobre la plataforma había varios asientos, siendo éstos ocupados por tres ministros y tres pastores; pero el del medio que era el mayor estaba vacío, como en espera de alguien. Este era el que tantas veces había ocupado aquel hombre, cuyo cadáver veíase cubierto de vistosas coronas frente al púlpito, desde el cual predicó tantos y tan buenos sermones. Los himnos que se cantaron fueron sus himnos favoritos: 306, 150, etc. (Himnario Nuevo.)

Levantóse a hablar el Rev. Gabriel de Santiago, para dar un testimonio personal de la predicación poderosa del que fué su dulce amigo y querido padre en la fe. El dolor que embargaba su alma era tan profundo, que la palabra a veces se ahogaba en su garganta. Después siguió en el uso de la palabra el Sr. Hipólito Cotto Reyes, quien demostró clara y sentidamente lo mucho que él, otro de sus convertidos, debía a aquel que, cuando era un niño sin ambiciones elevadas y sin haber recibido aún estímulo de nadie, no tuvo a menos hablar familiarmente con él, diciéndole un día de imborrable recordación: «Me tienes cara de que vas a ser un predicador del Evangelio. Estudia, pues, y no pierdas el tiempo.» El Rev. Humphrey, con quien trabajó por más de 12 años, habló sinceramente del distinguido compañero de viaje y cooperador en la obra. Y el Rev. C. S. Detweiler llamó la atención acerca de su sabiduría y fidelidad en predicar las verdades fundamentales del Evangelio, el estudio y la exposición de las cuales tanto le deleitaba. Clausuró el acto, que fué impresionante, solemne y grandiosamente espiritual, el Rev. Freeman, de Río Piedras, con una sencilla oración llena de confianza y de consuelo.

Escuchando aquellos sinceros y elocuentes testimonios, viendo a aquel pueblo respetuoso y contemplando a aquella gran congregación unida entonces por la virtud elevadora y fraternal del dolor, llorando la ausencia de aquel anciano pastor que por espacio de muchos años había con ella llorado, gozado, trabajado y esperado; comprendía uno la razón que tuvo el hermano Cotto para citar las palabras del Antiguo Testamento, que dicen: «Un gran hombre ha caído hoy en Israel.» 2º Samuel 3:38.

Uno de los actos más conmovedores y significativos, aunque poco notado, fué el siguiente: después de haberse echado la última paletada de tierra en su sepultura, un grupo de niños se acercó a la tumba, sembrando cada uno un gancho de sauce, algunos de los cuales los habían adornado con flores.

Los mayores cantaron y hablaron, y la cadencia de sus cantos y el sonido de sus palabras se desvanecieron en el aire. Otros entretejieron hermosísimas coronas de flores, pero éstas se habían ya marchitado. Los pequeñuelos hicieron más; sembraron los históricos arbolitos que, besados por el sol, acariciados por el aire, regados por el agua y nutridos por la tierra, se levantarán como el dinámico monumento de la naturaleza hecho por Dios frente a los inertes monumentos del arte hechos por el hombre. Allí se erguirán, bellos,

graves y expresivos, proclamando el sincero cariño de la niñez a su anciano amigo y el triunfo de la vida sobre la muerte.

Don Carmelo se interesó en los niños, y ellos, a su vez, le correspondieron, transformando la tumba triste y silenciosa en la mansión de la belleza y de la vida, sobre la cual vendrán los pajaritos a fabricar sus nidos y la brisa de la tarde a producir sus dulces e interminables armonías.

Morir en medio del afecto y de la estimación de grandes y pequeños, de propios y extraños y al final de una labor larga, fecunda y permanente no es realmente morir, sino entrar, por el estrecho vestíbulo de la muerte, en el vasto palacio de la vida eternal dejando sobre la tierra las huellas luminosas de una vida llena de consejos sabiamente dados, de lecciones humildemente recibidas, de lágrimas tiernamente enjugadas, de combates heroicamente sostenidos y de almas gozosamente ganadas para Dios y su iglesia.

ABELARDO M. DÍAZ.

A Pepito Miura.

Sobre su tumba.

Tu vida aquí en este mundo, mezcla de alegría y de tristeza, fué corta, pero tan llena de virtudes y tan repleta de amor para todo el mundo, que al abandonarnos dejas tras tí una estela tan luminosa, que el egoísmo y el orgullo humano vénse obligados a rendirte homenaje. Tu paso por este mundo ha sido como el de las estrellas de primera magnitud que al seguir sus órbitas inmensas parece que desaparecen para siempre cuando en realidad no hacen otra cosa que seguir plácidamente su camino. Así tú, Pepito, al abandonarnos, no haces otra cosa que adelantar tu viaje a la Eternidad donde hay abundancia de vida, luz, amor, paz y gloria.

Pepito: yo no vengo a orar sobre tu tumba, porque creo que después que el espíritu abandona la materia que le servía de morada, de nada le valen las oraciones. No vengo tampoco a colocar sobre tu tumba una corona de flores, porque tu no las necesitas. Tú vives en una primavera sin término; tú vives con Dios y Dios es la belleza suma. Estas flores de acá abajo no sirven para nada; se marchitan y pierden sus colores y fragancia. Yo vengo, Pepito, a llorar sobre tu tumba, porque eras mi mejor amigo y la partida tuya ha anonadado mi alma. Los amigos fieles, al decirnos adios en el viaje a la eternidad, siempre nos arrancan lágrimas.

Acepta, Pepito, con tus familiares, estas palabras de despedida, como la corona de siemprevivas que como póstumo recuerdo coloco sobre la tumba que guarda tus despojos.

Adios, hasta nuestra vista en la Eternidad.

BALBINO GONZÁLEZ.

En la Tumba del Inolvidable Hermano en Cristo, Juan de Gracia.

Acróstico.

Jesús que fué tu amigo cariñoso,
Un sitio te tenía aparejado;
A su reino por Él fuiste llamado,
Naciendo a otro mundo venturoso.
De su doctrina fuiste muy celoso,
Enseñástela al pueblo de pecado,
Gozabas porque Dios te había apartado,
Reservándote allá su cielo hermoso.
Así cual Job, resignación tuviste
Cuando el dolor te visitó iracundo,
Inclinaste la frente y así dijiste:
«**A**hora parto contento de este mundo.
Tu voluntad cumplí. Me redimiste.
Oh inmensa caridad! Amor profundo!»
....
Riqueza eterna que legó Jesús,
Ofrendando su vida en una cruz!

F. VÁZQUEZ.

Última Hora.

A Nuestros Lectores. Acabamos de recibir noticia de nuestro hermano P. W. Drury, desde el Norte, avisándonos que no puede conseguirse papel. El que tenemos comprado no podrá llegar hasta Agosto o Septiembre. Con ese motivo quizá tengamos que suprimir cuatro páginas al periódico por algún tiempo.

A Nuestros Colaboradores. Una vez más vamos a llamar su atención hacia la necesidad de que nos remitan los artículos ANTES de los días 15 y 1º de cada mes, y las noticias antes del 5 y 20 respectivamente. Noticias de última hora y de urgente publicidad pueden llegar un poco más tarde. Se nos vienen ocasionando grandes trastornos con el envío de materiales fuera de tiempo. Hoy, día 8, se nos manda la noticia de la muerte del hermano Juan de Gracia que acaeció hace un mes, cuando ya el periódico está terminándose y no hemos podido darle cabida. Hoy recibimos también el Esfuerzo Cristiano y por esa causa no podemos publicarlo. Suplicamos pues a los colaboradores envíen los trabajos a tiempo y a los hermanos que no sean tan morosos para darnos las noticias más importantes.